



UNR Universidad
Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

*Figuras parentales y adolescentes: reflexiones sobre un vínculo necesario
ayer, hoy y siempre*

Modalidad: Ensayo

Autora: Meyer, Paula

Legajo: M-5508/5

Docente responsable: Esp. Ps. Castro, Mariela

**-2023-
Agradecimientos**

A mis padres, Lorena y Pablo, que me brindaron la oportunidad de hacer esto real. A todos mis seres amados, que me apoyaron y soportaron incondicionalmente hasta el final. A Kira, que desde su llegada no hizo más que acompañarme.
 A Julieta, con quien logré la apropiación y quien soy hoy.
 A Mariela, que me acompañó y ayudó en este gran desafío que implicó la escritura del Trabajo Integrador Final.
 Y a la Facultad de Psicología, Universidad pública y gratuita, sustancial para mi formación y crecimiento personal.

Índice

Resumen.....	3
Desarrollo.....	
4 -La adolescencia y sus cambios.....	4
-El otro significativo, las figuras parentales.....	7
-Transformación identitaria en la adolescencia.....	9
-Los cambios en el vínculo.....	11
-Figuras de autoridad y cuidado.....	13
-Familia, vínculos y actualidad.....	16
Reflexiones finales.....	20
Referencias bibliográficas.....	22

Resumen

El presente ensayo pretende realizar una posible lectura sobre el vínculo que se establece entre las figuras parentales y el adolescente, resaltando la importancia de las funciones parentales en una etapa de cambios significativos y subjetivos como lo implica la adolescencia. Se interroga si la relación entre padres e hijos condiciona las formas en las que el sujeto hace lazos con su entorno. Para intentar responder a tal cuestión, se desarrolla un abordaje a través de variadas perspectivas teóricas y se opta por la predominancia del Psicoanálisis. En primer lugar, se indaga sobre los principales conceptos inherentes a la problemática, la adolescencia y las figuras parentales, estas últimas como proveedoras de sostén, apoyo, cuidados y figuras tanto de autoridad como acompañamiento para la constitución subjetiva desde el nacimiento. En segundo lugar, se

reflexiona sobre la transformación identitaria que se da en la adolescencia; una reconfiguración identificatoria hacia una nueva identidad abandonando aquella organizada en la infancia dentro de la familia. Por último, se analizan los ideales y modelos otorgados actualmente por la sociedad que influyen en la función y modo de estar de los padres, los cuales, a su vez, podrían dificultar el momento adolescente, ya que se conducen como modelos inestables acompañados de valores superfluos, sobre los que se cimienta y construye la subjetividad.

Palabras claves: adolescencia – figura parental- funciones- actualidad

Desarrollo:

La adolescencia y sus cambios

Etimológicamente la palabra adolescencia proviene del latín *adolescens*, participio presente de *adolescere*, que significa *madurar, crecer*, a diferencia del participio pasado *adultus*, que marca el hecho de haber dejado de crecer. Tales expresiones aparecen de manera significativa alrededor del siglo XVI, durante un periodo en que las diferencias de

edad comienzan a ponerse de manifiesto en los medios sociales privilegiados (Firpo, 2021).

El término adolescencia suele ser asociado con *adolescere*, que significa padecer o sufrir de alguna aflicción; el mismo no es atribuible al periodo cronológico de la vida sino a las vivencias que en él se suceden. Pues la adolescencia es un periodo crucial durante el cual se toma una nueva dirección en el desarrollo, se elabora la identidad y se plantea el sentido de la vida, la pertenencia y la responsabilidad social (Hernández Moreno, 2011).

Si bien no hay una conceptualización unívoca, se puede considerar que la adolescencia indica que se trata de un momento transicional entre el ya no de la infancia y el aún no de la vida adulta (Firpo, 2021).

La adolescencia es considerada como un momento crítico de transformaciones subjetivas, que se dan en sus diversas dimensiones, ya sea biológica, cognitiva, psíquica y vincular, consistiendo en una reestructuración que, en cada adolescente impactan de manera distinta. Dicha adolescencia se inicia con la pubertad, un período universal consistente en un conjunto de cambios corporales; el crecimiento del cuerpo, el desarrollo de caracteres sexuales primarios (órganos reproductores) y secundarios (características físicas no relacionadas con la reproducción que diferencian los sexos, como el vello en axilas, mentón, cambio de la voz, etc) y la aparición de la capacidad reproductiva.

Freud (1985) plantea que al llegar a la pubertad se dan cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación *normal* definitiva. La pulsión sexual que era predominantemente autoerótica, halla al objeto sexual. Hasta ese momento actuaba partiendo de pulsiones parciales y zonas erógenas singulares, que independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual. Ahora se da una nueva meta sexual y para alcanzarla todas las pulsiones parciales junto con las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital. La pulsión sexual, se pone al servicio de la función de la reproducción; acompañada del crecimiento de los genitales externos y su consecuente desarrollo interno (sustancias genésicas). Resulta interesante destacar una afirmación freudiana sobre la que se construye el edificio teórico del psicoanálisis, que consiste en que la sexualidad no surge en la pubertad, sino en la infancia, es decir en la pubertad habría una transformación de aquello que ya se hallaba en la infancia.

Entonces, en la adolescencia se produce una reactualización de la conflictiva infantil, de los deseos incestuosos sexuales y hostiles a los que se debe renunciar en pos de la salida exogámica, cuyo correlato es un doloroso desprendimiento endogámico. Como ya se abordó anteriormente, según Freud (1985), lo más inmediato para el niño sería escoger como objetos sexuales justamente a las personas que ama desde su infancia con una libido atenuada. “Pero, en virtud del diferimiento de la maduración sexual, se ha ganado tiempo para erigir, junto a otras inhibiciones sexuales, la barrera del incesto” (Freud, 1985, p. 205). Aquella exigencia cultural propia de la sociedad lleva a resignar los objetos sexuales elegidos en la infancia, se impide así que la familia absorba intereses que le hacen falta para establecer unidades sociales superiores, optando en la adolescencia, por ejemplo, por recursos para aflojar aquellos lazos decisivos de la infancia, redirigiendo la elección a objetos exogámicos. Pensar la barrera del incesto implica hacer referencia necesaria al complejo de Edipo, complejo que no puede reducirse a una situación real, a la influencia ejercida efectivamente sobre el niño por la pareja parental. Su eficacia proviene de hacer intervenir una instancia

4

prohibitiva que cierra la puerta a la satisfacción naturalmente buscada, y une de modo inseparable el deseo y la ley.

La barrera del incesto implica un trabajo psíquico durante el periodo de latencia necesario para que el adolescente pueda realizar un pasaje de lo familiar a lo extrafamiliar. Tal trabajo psíquico, es necesario para el vuelco al campo social y que éste funcione como un espacio transicional para él, dándole a la familia un lugar muy diferente. La tramitación

del pasaje de los objetos prohibidos primarios hacia objetos sustitutos exogámicos es un trabajo simbólico propio de la adolescencia (Rodulfo, 1992). Esto no es solo en términos descriptivos sobre el movimiento, sino en términos de metamorfosis interna de cada uno de los polos, familiar y extrafamiliar. Su energía se dirige hacia los compañeros de la escuela, del deporte y de la vida social, hacia la vida imaginaria que muestra la TV, los juegos y las redes, entre otros.

En relación a la salida exogámica y los vínculos nuevos que el adolescente puede ir estableciendo, es importante no olvidar que esos otros a quienes se aproxima son sujetos sexuados. La forma en que se va vivenciando el propio cuerpo y la sexualidad (propia y ajena) condiciona el modo de acercarse, vincularse, comunicarse con el entorno y también consigo mismo.

Respecto a la dimensión cognitiva, Piaget (1991) plantea que la adolescencia es un periodo de transformación que acontece entre los doce y los dieciséis años, en el que se desarrolla el pensamiento lógico formal. Es precedido por el pensamiento concreto de la segunda infancia, de los siete años a los doce; aunque se destaca que la transformación de un pensamiento al otro, es progresiva y son modalidades que en determinados momentos pueden coexistir. El pensamiento en la adolescencia se caracteriza por ser hipotético deductivo, es decir, capaz de deducir las conclusiones que deben extraerse de hipótesis simples y no únicamente de la observación real; permitiendo trazar a su antojo reflexiones y teorías: "Esta es una de las novedades esenciales que opone la adolescencia a la infancia: la libre actividad de la reflexión espontánea" (Piaget, 1991, p.86). El sujeto, a partir de esta edad, comienza a pensar en conceptos. Entonces, "El pensamiento en conceptos es una nueva forma de actividad intelectual y, por ende, un nuevo modo de conducta" (Peirano y Baños, 2019, p.8).

Los cambios que experimenta el adolescente en su proceso de dominio de conceptos son cambios de índole interna, estructural e íntima, donde todo el contenido del pensamiento se renueva y reestructura, es decir, todas aquellas concepciones del mundo, las normas éticas, reglas de conducta, convicciones, intereses e ideas que tenía hasta el momento sobre su entorno. Asimismo, siguiendo la idea de Piaget, resulta pertinente no perder de vista la necesidad de considerar el medio ambiente para el intercambio y sucesivo desarrollo del sujeto, debido a que, si no cuenta con un ambiente propicio que asegure el encuentro con los objetos, sería dificultoso que las categorías que se deban adquirir en cada estadio se lleven a cabo.

Desde la teoría psicoanalítica se considera que todos estos cambios requieren del desarrollo del pensamiento secundario reflexivo, que posibilita la capacidad para diferenciar y mentalizar, generar y hacer uso de las ideas propias, imaginar y proyectar. El yo se ve puesto a prueba en su capacidad para ligar y simbolizar. Dicho pensamiento, es condición para el desarrollo del pensamiento hipotético deductivo, para tener mayor capacidad para pensar conceptualmente, para prescindir de la experiencia concreta, frenar la impulsividad y lograr una actitud ética en la vida, etc.

Por otra parte, los cambios se imponen, hacen que el cuerpo se vivencie como indomable y las pulsiones son difíciles de satisfacer e integrar. La imagen de sí se ve cuestionada. Un nuevo reto se presenta: abandonar su autoimagen infantil y construir una nueva visión de sí mismo. Pero ésta, puede constituir una entre varias complejidades con las que el adolescente se enfrenta.

Considerando los aportes brindados por Aberastury (1995), el adolescente tiene un desafío: integrarse en el mundo del adulto donde debe aceptar una nueva configuración de ser humano, su morfología adulta y capacidad del ejercicio de su genitalidad para la procreación. El sujeto atraviesa un período de transformaciones críticas y subjetivas, donde

se llevan a cabo duelos, trabajos psíquicos complejos en los que debe afrontar y elaborar las pérdidas por el cuerpo infantil, la identidad infantil y su relación con los padres de su

infancia, para dar lugar a lo nuevo y al cambio, posibilitando la reorganización de su nueva identidad.

El duelo por el cuerpo del niño constituye un proceso de elaboración de las modificaciones que el propio cuerpo va experimentando por los caracteres sexuales primarios y secundarios a raíz del desarrollo hormonal y el resurgimiento de la pulsión sexual. Jamás volverá a ser un niño, ni tendrá ese cuerpo infantil, siendo necesario desinvertir la imagen infantil de sí mismo. Como consecuencia, el sujeto renuncia a la relación objetal de tipo narcisista y endogámica de la infancia, aquella elección primaria (objetos parentales) para dar paso a un objeto erótico exogámico.

Por otro lado, el duelo por la identidad infantil, es un trabajo que permite elaborar la pérdida de la condición de ser niño y representar simbólicamente que ya no se es. Esta identidad que se encontraba sostenida por enunciados otorgados por las figuras parentales, ahora vacila por la incertidumbre de los cambios del desarrollo. Mientras el sujeto ocupa un lugar de niño en la familia, es mirado y tratado como tal; dejar de serlo implica establecer una relación con los padres distinta, debe asumir una serie de responsabilidades que antes le eran ajenas ya que las llevaban adelante los padres.

Por último, es imperante destacar que el duelo por la relación con los padres de la infancia requiere renunciar a la idealización de las figuras parentales en la infancia. Los adultos significativos suelen ser ubicados, en el lenguaje coloquial, sobre un pedestal, se los sigue, se los adora, y son con quienes el sujeto se identifica; pero en la adolescencia las figuras parentales van perdiendo de manera progresiva este lugar, dando paso al inconformismo, la crítica, la protesta, la confrontación y la rebeldía. El sujeto renuncia a su protección, acepta sus debilidades y su envejecimiento.

Para Freud (1985), en la pubertad se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores. Así es cómo la relación entre las figuras parentales y los hijos, atravesada por este proceso adolescente, se ve necesariamente transformada.

Al reestructurarse su pensamiento, transformarse su cuerpo y mundo interno, el adolescente comienza a interrogarse por el concepto que tiene del mundo, por su existencia, su ser y su identidad. Hasta ese momento, el conocimiento sobre su entorno respondía o era funcional a lo que experimentaba el sujeto. Ahora, la exogamia lo dirige a libidinizarse el mundo, conocer otras formas de relación y de hacer lazos, otros intereses, otros proyectos, otras reglas. Todos estos cambios van acompañados de emociones. Por eso es necesario preguntarse: ¿Cuáles son las emociones que atraviesan al sujeto en este tiempo? ¿Cómo viven la experiencia del conocimiento del mundo por fuera del conocido en la endogamia? ¿Cómo tramitan las demandas interiores y exteriores? Se reconoce que, las emociones guían la actividad del pensar, los vínculos, la comunicación y la relación mente-cuerpo. Rother Hornstein (2015) plantea la dificultad que representan todos estos cambios, y en muchas oportunidades tal perturbación complejiza el pensar y el uso del lenguaje para poder expresar afectos como la tristeza, la confusión, el dolor, el desamparo, la rabia, el miedo, la frustración y la incertidumbre.

En tal contexto, es posible cuestionar cómo se ven afectados por los cambios en el vínculo que tienen con sus padres. Continuando con la idea de la autora, la desidealización excesiva de los padres como adultos portadores de la tradición y de los valores o los tránsitos más turbulentos de tal proceso de elaboración junto con el consecuente movimiento exogámico, llevan a que estos sujetos no puedan realizar el duelo por la infancia, a tener comportamientos autoagresivos, a una descalificación arrogante de cualquier pasión, interés, responsabilidad o compromiso. Parecen tener miedo a la alienación del pensamiento sin posibilidad de interrogación y, con frecuencia, pueden desarrollar actos de violencia o transgresiones que ponen en riesgo sus propias vidas. Se suman también los sentimientos de incertidumbre y desorientación que conlleva la toma de decisiones y las preguntas sobre un proyecto futuro y adulto.

Los otros significativos: las figuras parentales

Desde el nacimiento, el ser humano es biológica y psíquicamente inmaduro, por lo que necesita y depende del cuidado ajeno para subsistir y desarrollarse. Desde el punto de vista biológico, el planteo realizado por Ansermet y Magistretti (2006), establece que la experiencia y la interacción con el medio, ante todo humano, va dejando huellas en el cerebro de manera dinámica y sujeta a modificaciones, produciendo cambios de orden funcional y estructural debido a la plasticidad neuronal. Así, se generan nuevas conexiones y asociaciones en la red neuronal, de acuerdo a las vivencias de la experiencia con el ambiente en el que se desarrolla desde el nacimiento. Otra manera de leer tal desvalimiento es desde una perspectiva psicoanalítica, con aportes como el de Levin, quien conceptualiza que el encuentro con los otros constituye “una experiencia deseante y subjetiva que connota y denota lo relacional y lo simbólico de dicho acto” (2010, p.44). Las causas y efectos de esa singular experiencia dejan marcas significantes, privilegiadas y subjetivas, en tanto se trata de “una herencia simbólica que recrea lo que se transmite” (p.44) y da cuenta de una plasticidad simbólica. Es por ello que la intervención de los adultos cuidadores en la ontogénesis del entramado psíquico en los inicios de la vida dejará sus huellas en el desarrollo infantil y en el psiquismo del adulto que devendrá (Paolicchi, et. al, 2017).

Los adultos que cumplen con la función de cuidado se convierten en sujetos sumamente importantes para el desarrollo del niño; no solo lo asisten en sus necesidades biológicas, sino que lo alojan en el mundo simbólicamente, subjetivándolo, marcando así su existencia. Las figuras parentales conforman aquel sostén sobre el cual se va constituyendo una subjetividad. Como todo ser humano y social, tras su nacimiento el niño necesita de vínculos para sobrevivir y humanizarse (Rojas, 2005). Pues el ser humano se hace humano como fruto de la crianza y de la convivencia con su familia en la cultura (Pelisch, 1992).

En relación a esto, Tizón (2011) postula la idea de entender dicho cuidado como la función básica de la familia, es decir la provisión de los cuidados psicosomáticos básicos para el sujeto inmaduro que nace en ella. Se trata de cuidados que comienzan por el alimento, la temperatura corporal, el movimiento, el vestido y la higiene básica. Pero no sólo son proporcionados desde la mera corporalidad, sino también corresponden a las acciones específicas de la función materna, de sostén, de continente afectivo y efectivo de las sensaciones del bebé, así como también de confort y protección acompañadas del contacto, el amor, la voz y la mirada.

Se entiende que la base de todas las representaciones mentales del futuro adulto son primeras sensaciones y percepciones formadas a través de un proceso activo por parte del sujeto, que se entran con lo vincular donde adquieren sentido. Y en consonancia, Hornstein (2015) expresa la idea que desde el nacimiento el niño recibe muchas escrituras - los afectos, la mirada, el lenguaje, la decodificación de mensajes, un discurso-, escrituras que lo van empapando, debiendo éste realizar una lectura de las mismas, para luego hacer sus propias escrituras.

En cuanto a la función paterna, puede ser definida como una presencia discontinua, que representa la ley, portadora de las pautas culturales del medio social al que se pertenece. Señala lo prohibido y lo permitido, lo seguro y lo inseguro. Esta permite introducir al niño en el mundo social y laboral en la adultez. Se trata de una función que se ocupa de intervenir en la relación madre-hijo para que éste último se desarrolle en dirección hacia la autonomía, pasando de un estado de dependencia total a la independencia gradualmente. (Pelisch, 1992)

Así se van desarrollando los vínculos en la crianza, generando los cimientos para crecer, a través del cuidado, afecto y la transmisión de los modos de vida y costumbres de las figuras parentales. Si al bebé le brindan los cuidados psicosomáticos básicos, experimentará desde estas primeras relaciones, seguridad, o de lo contrario, terror e inestabilidad.

7

Es necesario aclarar que en psicoanálisis se concibe a los *progenitores* en términos de funciones materna y paterna, como operaciones ejercidas desde lugares simbólicos ocupados por los géneros binarios madre-padre, sin que ello implique una correspondencia con el sexo de las personas. Así planteados se muestran adecuados al formato de época de la familia burguesa, heteronormativa, de la tríada padre-madre-hijo y al Complejo de Edipo introducidos por Freud. No importa quien desempeñe las funciones, sino que estas estén presentes de alguna manera.

Contemplar la importancia de un otro significativo en la constitución subjetiva y en el desarrollo de la vida del sujeto, lleva a coincidir con el planteo de Freud (1979), referido a que no se puede prescindir de los vínculos con los otros: “En la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como auxiliar y como enemigo” (p.67). A lo largo de la vida, en todas las relaciones con padres, hermanos, personas amadas, amigos, maestros, el sujeto experimenta el influjo de tales personas y adquieren gran valor afectivo para él.

Los vínculos primarios constituyen el escenario donde se llevan a cabo procesos identificatorios de suma importancia para la conformación y delimitación de las instancias psíquicas. La identificación es conceptualizada y trabajada por Freud (1979) como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. La identificación primera acontece en la prehistoria del complejo de Edipo e implica tomar por parte del sujeto a una de las figuras parentales como su ideal. La primera ligazón es previa a toda elección sexual de objeto y tiende a configurar el yo propio a semejanza del otro, tomándolo como *modelo*.

Más adelante, Freud (1979) en su escrito *El yo y el ello* publicado en el año 1923, postula sobre la constitución del *ideal del yo* o *superyó*, el cual se lleva a cabo en torno a las primeras identificaciones. En un primer momento, el autor plantea que la investidura libidinal de objeto será relevada por identificación, es decir, cuando se pierde o resigna un objeto de amor/sexual, se produce una alteración en el yo y este objeto se vuelve a erigir dentro del yo, formando parte del *carácter del yo*, esto refiere a una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas.

Freud (1979) postula que las primeras identificaciones a las figuras parentales, producidas en la edad más temprana, tienen un lugar muy especial dentro del psiquismo, son universales y duraderas y dan origen al superyó. El autor postula que las elecciones de objeto de estos primeros períodos sexuales atañen a sus progenitores o sustitutos que desempeñen el rol en la vida del sujeto, pero por influencia de la cultura y la interdicción del incesto, se ve obligado a renunciar a ellos y con el sepultamiento del complejo de Edipo se produce una sedimentación en el yo, es decir, un establecimiento de estas identificaciones al padre y a la madre, unificadas de alguna manera.

La identificación primaria, como fue mencionado, es pre-edípica, es decir, se da en las fases pregenitales, anteriores al complejo de Edipo; se trata de la identificación con *el padre de la prehistoria personal*. La misma, marca el paso a la identificación secundaria que se produce en la salida de la trama edípica hacia la formación del *superyó*, que parece ser la manera en la que el *ello* puede renunciar a sus objetos primordiales, introyectándolos. El yo se comporta frente a éste *superyó* como si fuera un niño pequeño y se somete a obediencia.

Cada cultura tiene sus costumbres, algunas responden a hechos verídicos de sus

historias, otras son la encarnación de mitos y muchas son la puesta en acto de leyes indispensables para el funcionamiento de la sociedad. Por su cuenta, el psicoanálisis contempló la prohibición del incesto como regulador fundamental del complejo de Edipo. Se argumenta que el padre es la pieza clave para el cumplimiento de esa ley, es el que prohíbe e impide el incesto: “Esta prohibición es una metáfora de todas las ocasiones en que el padre funciona como portavoz de esas reglas, cuyo efecto es apartar al niño del cuerpo de la madre y parirlo a la cultura” (Pelisch, 1992, p.44). Así, el niño podrá ir incorporando todo aquello referido al mundo que lo rodea, las pautas sociales, el lenguaje y lo construido o instituido por el hombre en la sociedad. La prohibición del incesto permite al sujeto poder abrirse al mundo y elegir nuevos objetos sexuales. Es así, como el encuentro con los otros significativos, las figuras parentales, se evidencia como fundamental en la vida del sujeto desde un comienzo.

8

A partir de lo desarrollado surgen algunos interrogantes: ¿Cómo incide el psiquismo temprano en la adolescencia? ¿Qué lugar ocupan las figuras parentales en la adolescencia en todo este complejo trabajo psíquico donde se ponen en juego nuevas elecciones e identificaciones? ¿Cómo vivencian las figuras parentales las transformaciones que atraviesa el adolescente en pleno proceso de crecimiento? ¿Qué sucede con la ley, los límites, la autoridad durante la adolescencia? ¿Cómo se sostienen y ejercen dichas funciones hoy en día? Estas preguntas funcionan como disparadores para reflexionar sobre lo que sucede en la actualidad entre el ejercicio de las funciones parentales y los adolescentes.

La transformación identitaria

Lerner (2018) plantea que la adolescencia está transitada por huracanes emocionales que estremecen la identidad y el yo del sujeto, se reactivan intensas angustias de separación por la vacilación de los sostenes narcisistas. Dejar de ser niño, de sentirse niño y que el propio mundo ya no lo vea como tal, lleva a la pregunta por el ser y esto se torna movilizador y forma parte de los sucesos que se dan en torno a la transformación identitaria. Por eso, es interesante interrogar: ¿Cómo se da esta transformación? ¿Cómo se encuentra compuesta hasta el momento la identidad del sujeto?

Entre los cambios vividos se lleva a cabo una recomposición de ideales dejando atrás aquellos proporcionados por los adultos significativos y una consecuente reconfiguración de las formas de identificación. Se desarrolla así un vuelco hacia el afuera de la familia, una *metamorfosis social*. Esta metamorfosis implica un cambio en el que el adolescente tiene la tarea de sustraerse de la familia, producir un lugar nuevo en la cultura y generar un lugar subjetivo (Firpo, 2021).

La identidad y la adolescencia guardan un vínculo que se evidencia con el desconcierto que genera la pregunta ¿quién soy yo? Durante la infancia la respuesta ante tal interrogante fue comandada por las figuras parentales, la identidad se satisfacía en un “yo pertenezco a esta familia”, “yo soy de tal manera”, siendo estos determinados modelos identificatorios que componen la noción de sí mismo y del mundo en el que vive. A partir de la llegada a la adolescencia, en ese pasaje del mundo de la niñez a otro, lo instituido por las figuras parentales comienza a tambalearse y a ser repreguntado por el adolescente. Las huellas de los caminos recorridos se resignifican y reconfiguran; “las certidumbres de la infancia, ya no los habitan ni los habitarán” (Lerner, 2006, p.83).

Respecto a la pregunta sobre qué sucede con el trabajo identificatorio en la

adolescencia, se argumenta que el sujeto trabaja en una reformulación de su mundo interno y con ella se da un quiebre de las redes identificatorias que hasta ese momento sirvieron de modelo. Se trata de un tiempo donde las identificaciones infantiles se cancelan habilitando otras, dando lugar a una reestructuración de las formas de relación con el mundo y las personas. Entonces, se recomponen sus ideales en un proceso simbólico más descarnado de los vínculos primarios (Bleichmar, 2010). Así se lleva a cabo una deconstrucción de significaciones y restauración de valores alternativos.

Firpo (2021), quien coincide con Palazzini (2006), sostiene que la desidentificación, que significa el desprendimiento identificatorio de las figuras parentales, tiene un registro de desgarramiento y encierra la amenaza de pérdida del amor y del reconocimiento en términos identitarios, proceso que no es sin dolor y sin estridencias. Pero su instrumentación es oxígeno vital para el psiquismo, un paso necesario en la vida del sujeto. A partir de este proceso desidentificatorio, el sujeto comienza a identificarse con otras personas que pasan a ocupar el lugar de otros significativos, ya sea otros adultos como también a los grupos de pares, cómplices y *compinches de aventuras* (Lerner, 2018).

Respecto a la reconstrucción identitaria, Lerner (2006) plantea que la posibilidad del sujeto de poder nombrarse como *yo soy*, que se dio en un primer momento y que busca a

9

partir de la independencia y la construcción de su nueva identidad en la adolescencia, nunca llega a ser completa, sino más bien es paradójica, porque se llega a ser en función de la presencia de otro, de la dinámica intersubjetiva que permite al sujeto sentirse él mismo: "Sin otro no hay producción de subjetividad" (Lerner, 2006, p.43). Es decir, la identidad hasta el momento forjada es producto del intercambio propio del entorno familiar del sujeto, los otros significativos de quienes se rodea y quienes desarrollan su función de cuidados y lugar privilegiado para la constitución subjetiva. Todo este trabajo psíquico se da en la salida exogámica, al vincularse e identificarse con otros. Por ello, es importante interrogar qué aportan los nuevos otros significativos, qué toma de ellos el adolescente como para dejar atrás aquella identidad endogámica construida junto a las figuras parentales y su entorno familiar.

Los pares u otros adultos en las diversas instituciones a las que acude el adolescente -como la escuela o los clubes-, la vida social y los amigos, se convierten en *las personas secundarias*. Tal como lo indica Doltó (1990), favorecen la expansión y la confianza en sí mismo, el valor para superar sus impotencias propias de la etapa en la que se encuentra ahora. La expresión *personas secundarias* debe entenderse como otros, con igual grado de importancia que las figuras parentales, que aparecen en un segundo momento en la vida del sujeto adolescente donde las transformaciones calan muy profundo. Respecto a esto, Rother Hornstein (2006) plantea que los modelos identificatorios que propician los encuentros significativos de los jóvenes en su salida a la exogamia y en el espacio social ampliado no son menores en importancia que los encuentros con los objetos primarios que introdujeron imborrables marcas desde el comienzo de la vida y la crianza. La autora señala que la construcción permanente del proceso identificatorio y de la movilidad estructural sólo acaba con la muerte, es un movimiento constante del sujeto en el mundo.

Los grupos promueven contención afectiva y representan sitios de autonomía donde se experimentan las nacientes búsquedas de independencia: "Son campos de atracción libidinal, que expresan pertenencia efectiva y que vehiculizan los primeros contextos de los procesos que deconstruyen las identidades infantiles que están siendo abandonadas" (Lerner, 2006, p.90).

Lerner (2018) postula que los grupos de pares sirven de *recintos simbólicos* en los que se ejerce conscientemente la diferenciación social y la búsqueda de identidad; pueden servir como mediación entre el joven y la sociedad, como un lugar de adaptación al mundo exterior. Puede considerarse que son el eslabón al que se engancha el adolescente luego del quiebre de las redes identificatorias, para vincularse con el mundo desde un lugar que lo

ayude a que pueda a ser *soportable* y reconstruir su identidad, formando parte de grupos de pertenencia, con determinadas creencias, gustos, ideales, etc. En este sentido, “el sostén narcisista proveniente de vínculos exogámicos durante la adolescencia es clave para el decurso del proceso adolescente” (Janin, 2008, p.19).

Desde el pensamiento complejo, el aparato psíquico se plantea como un sistema complejo y abierto a lo nuevo, a lo contingente en los encuentros con los otros y en la dinámica interna movilizadora por las vicisitudes de dichos encuentros. En otras palabras, se plantea un determinismo psíquico indeterminado, siempre abierto al azar, a la incertidumbre de la vida, del mundo externo y a lo incierto de ese trabajo autoorganizado del psiquismo (Hornstein, 1994). Las marcas establecidas a partir del lazo primitivo con las figuras parentales se muestran como huellas y caminos que surcan el modo de vincularse. Pero el encuentro con otros en la exogamia y las transformaciones del momento adolescente posibilitan nuevos modos de vínculo social y con el mundo, así como también la posibilidad de cuestionar las escrituras que se estructuraron a partir de una traducción de lo recibido y vivido. Rother Hornstein (2006) y Janin (2012) se refieren a este momento como el de tomar el mazo de cartas y barajar de nuevo, dando paso a la apertura de nuevos caminos o vías, posibilitando nuevas formas, pero sin olvidar que cuenta con lo inscripto en un primer momento como base.

Al respecto, Rother Hornstein (2006) postula:

10

Lo vivenciado en ese tiempo deja sus marcas pero no condena, y la dinámica de la adolescencia proporciona un aporte fundamental a la posibilidad de cambios y autoorganización del psiquismo... reorganización en forma de nuevas identificaciones y de la posesión de nuevos objetos (Rother Hornstein, 2006, p.21)

Resulta importante destacar un factor que posee un lugar fundamental en la forma de establecer lazos con el mundo por parte del adolescente y las personas en general. Y no se trata sólo de las formas de hacer lazos, sino también de las formas de ser y estar en el mundo y para otros. Se trata del factor cultural, los modelos que ofrece la sociedad y a los que los individuos aspiran. En el análisis de un asunto que se refiere a los seres humanos, ¿puede este factor ser olvidado?

Cuando el sujeto adolescente va construyendo su identidad, las situaciones contextuales y sociales se entran en tal construcción dentro de una red. Cada sociedad en un contexto histórico y territorial construye las formas culturales e institucionales que inciden en esta etapa de la vida que se desenvuelve en un marco determinado por significaciones, valores, costumbres, formas de comportamiento y estereotipos manifestándose de diferentes modos en cada época. No sólo es el contexto situacional y sociocultural que participa y se hace parte del tejido identitario sino que las transformaciones identitarias y sus efectos resuenan en esos contextos donde cobran sentido y esos efectos se entran nuevamente, como factores causantes.

En cada sociedad se desarrollan características identitarias y cometidos sociales de los más diversos. Las representaciones en el imaginario van desde aquellos quienes son la promesa del futuro, llenos de cambios, como un modo de idealización, hasta ser adjetivados como aquellos alborotados, desviados, desordenados que *van en contra del sistema* o que fueron, son y serán peligrosos para todo lo establecido (Janin, 2008). Para Lerner (2018) las diversas posturas pueden verse directamente enlazadas a diferencias generacionales que se presentan, ya que no es lo mismo pensar en adultos y padres que fueron *adolescentizados* en culturas que se les permitió un tránsito por la adolescencia, que pensar en aquellos que atravesaron una cultura más tradicional, estructurada y formal, donde el

papel de la adolescencia era otro y en el que no se tenían en consideración las transformaciones que atraviesa al sujeto a tal edad.

Los cambios en el vínculo

Los cambios subjetivos que suceden en la etapa adolescente, acompañados por cambios corporales, llevan a una nueva relación con las figuras parentales y con el mundo. Este es un período en el que se expresa una coexistencia tanto de la dependencia como de la trabajosa búsqueda de independencia respecto de los adultos, como si se tratara de una demanda a un otro de la propia autonomía. La solicitud de dinero para administrarse, por ejemplo, la libertad horaria, el libre quehacer, etc, son movimientos que estarían ingresando al joven en la vida adulta, pero que a su vez los experimenta con cierta dificultad, puesto que se enfrenta a prohibiciones, límites y autoridad.

Hay una multiplicidad de dudas e incertidumbres que afectan a tales sujetos en este momento y exigen un trabajo psíquico que no está exento de sufrimientos, emociones y roces. Vale la pena interrogarse cómo viven las figuras parentales este momento particular y con qué obstáculos puede encontrarse dicho vínculo, así como también cómo acompañan a sus hijos en este momento particular que los atraviesa, o mejor dicho ¿los acompañan? ¿Desde qué lugar? ¿Es posible que acontezca, como consecuencia, una transformación por parte de los padres?

Para Doltó (1995) cuando los niños se convierten en adolescentes, ser padres se vuelve particularmente difícil. Hay que aceptar ser desmontado por sus hijos, reabsorberse, permaneciendo al mismo tiempo completamente presentes cuando los jóvenes los necesitan.

11

Se reconoce que las figuras parentales experimentan diversos sentimientos ante los cambios de conducta de los hijos adolescentes y frente al crecimiento mismo, que suelen ir desde la preocupación y la incertidumbre hasta el enojo o el rechazo. Esto lleva a pensar que entre las dificultades puede manifestarse un desfasaje entre las necesidades del joven adolescente y el espacio, la comprensión y acompañamiento que otorgan las figuras parentales para el desarrollo de autonomía, el cual se ve más marcado en este momento.

Se presentan complejidades para aceptar tal desarrollo y las transformaciones tanto en la personalidad del hijo como en el vínculo, llevan a una incompreensión general. Desde el punto de vista de Aberastury (1995), cuando los padres optan por una actitud negativa e incomprensiva ante las fluctuaciones polares del hijo -la dependencia-independencia, el refugio en la fantasía-afán de crecimiento-, se dificulta la labor de duelo que se lleva a cabo en la adolescencia, donde son necesarios permanentes ensayos, pruebas de pérdida y recuperación de ambas edades: la infantil y la adulta.

Asimismo, retomando con el abordaje de los trabajos de duelo adolescentes, estos también se ven acompañados por los duelos de los padres por el hijo que se va transformando (su cuerpo, su identidad y su relación de dependencia hacia ellos) y por los propios cambios a raíz del paso del tiempo, el envejecimiento y la muerte.

Las figuras parentales en este momento de la adolescencia, deben convertirse en sujetos desidealizados para su hijo, como una condición necesaria para el trabajo de duelo que realizará, y en ocasiones, pasarán a convertirse desde la perspectiva del adolescente, en sujetos fuertemente juzgados y criticados, por lo que deben realizar un doble trabajo: aceptar y tolerar a la par de acompañar al hijo en tal proceso, el cual evidencia que cada vez los necesita menos. Los padres no sólo se enfrentan con el sufrimiento de la descalificación -no siempre justa- de sus hijos que crecen y buscan diferenciarse sino “también sus propias

inseguridades que no les permiten dejar de ser *los ídolos*" (Rother Hornstein, 2006, p.22). Deben aceptar que, como figuras parentales, ya no se tiene un papel mágico, como héroe, líder o infalible para poder tranquilizar a su hijo.

El proceso de separación entre las figuras parentales y el hijo adolescente, es un proceso angustiante y doloroso para ambas partes, que puede verse dificultado u obstaculizado. Puesto que los padres igualmente deben desprenderse del hijo como niño y mutar su relación para dirigirse al hijo como adulto, lo cual trae renuencias, dolor, miedo y soledad, ya que la oruga se está convirtiendo en mariposa, sale del capullo para desplegar sus alas y volar por el mundo extrafamiliar.

Doltó (1995) postula que muchos padres quisieran que sus hijos permanezcan siendo pequeños porque eso les da un *estatus*, el de padres, y la idea de perder este estatus o de encontrarse solos, les causa pánico, entonces se aferran a sus hijos. Centralizar al hijo en la vida de la pareja o en la vida de la figura monoparental, producirá consecuencias que pueden complejizar el crecimiento.

Todo parece indicar que ante las transformaciones de la adolescencia se pone a prueba la capacidad de transformación de los padres (Rother Hornstein, 2006). Por su parte, Aberastury (1995) plantea que la capacidad y los logros crecientes del hijo lo obligan a enfrentarse con sus propias capacidades y a evaluar sus logros y fracasos. Y es en este balance, donde el hijo es el testigo más implacable de lo realizado y lo frustrado. Sólo si puede identificarse con la fuerza creativa del hijo, podrá comprenderlo y recuperar dentro de sí su propia adolescencia.

En ciertos casos, es posible situar conflictos inconscientes que no permiten a los padres adoptar una actitud comprensiva y empática en dicho proceso. Esto puede constituir un obstáculo, ya que la rebeldía y el enfrentamiento son más dolorosos si el adulto no tiene conscientes sus problemas frente al adolescente (Aberastury, 1995).

En este sentido, la forma en que los padres vivieron su propia adolescencia constituye un factor que incide en el vínculo, sus funciones y en la forma de estar para sus hijos. De alguna manera, ¿no se trata de ser padre a partir del hijo que uno fue? ¿Del contexto en el que el adulto se constituyó y la relación que pudo tener con sus propios cuidadores? El modelo puede ser replicado de manera consciente o inconsciente. Estos interrogantes pueden servir para interpelar las llamadas formas *correctas* o *incorrectas*, *buenas* o *malas* de

12

ser padre, debido a la consideración de todos los factores que intervienen en tal ejercicio -la sociedad, la época, la historia, la propia subjetividad-. Para Soto-Lafoy (2018) el tipo de relación que un padre o madre establece con sus hijos está afectada por una historia familiar. Es la historia individual, familiar y social del adulto, marcada por vivencias, experiencias, recuerdos, sueños y fantasías, que moldean la forma de interacción y vinculación con el otro. La historia es la que constituye a uno como sujeto, lo que moldea la identidad y la manera de relacionarse con el mundo y con uno mismo.

Con lo expuesto hasta el momento de las transformaciones y dificultades posibles con las que se encuentran las figuras parentales y adolescentes, resulta interesante destacar el lugar de los padres en dicha etapa. Los adultos pasan a ocupar un rol secundario en la vida del joven debido a que este afloja sus vínculos con ellos y da un paso hacia la exogamia; y si bien se lleva a cabo un relevo identificador, los mismos no dejan de ser suministros narcisistas, proveedores de afectos, sujetos de confrontación, que deben marcar límites y promover una autonomía paulatina. De acuerdo al nivel logrado en su estructuración psíquica, serán más continentales y generosos o tenderán a reaccionar más con hostilidad y confusión. Se plantea que la función psíquica de sostén parental está estrechamente vinculada con la experiencia e internalización de la función de sostén parental de la propia infancia y sobre todo la adolescencia de los padres. La revivencia edípica del adolescente puede movilizar a su vez el drama edípico de los propios padres

(Trilnik de Marea, 2006). Este factor se puede presentar como central para la presencia de conflictos en el vínculo. También sirve para pensar la importancia del trabajo personal de las figuras parentales; un trabajo que podría llevar al reconocimiento de la propia historia individual y a la capacidad de poder producir algo distinto.

Rother Hornstein (2015) expone que la tarea de los padres, en tanto adultos, es ayudarlos a entender sus dudas, a expresar sus sentimientos y no desestimarlos ni infantilizarlos. Esto puede ser planteado tanto para los primeros años de vida, como para la adolescencia, donde se torna fundamental generar confianza y establecer buena comunicación con los hijos, acompañarlos y contribuir a la búsqueda de la autonomía. Para Doltó (1990) el rol de los adultos en la adolescencia es ayudar a entrar en las responsabilidades para no quedar estancado en una fase adolescente, que vaya avanzando, asumiendo responsabilidades y entrando al mundo adulto. Acompañar y ayudar al adolescente para que pueda ir encaminándose a un lugar de responsabilidad e independencia.

Aberastury (1995) identifica que es en este momento del desarrollo donde el modo en el que se otorgue la libertad es definitivo para el logro, la independencia y para la madurez del hijo. Esto puede evidenciar el lugar significativo que sigue ocupando el adulto, por lo que resulta interesante preguntarse por la puesta de límites y el otorgamiento de libertades como funciones sustanciales para el momento adolescente.

Figuras parentales: figuras de autoridad y cuidado

Los adultos ante las transformaciones del adolescente pueden optar por diversas posturas o actitudes en el vínculo; una de ellas suele ser a través de un otorgamiento exagerado de libertades ante las decisiones, acciones y movimientos. Esto repercute en la subjetividad del adolescente, en su conducta; viéndose necesariamente demandada por el sujeto joven la puesta en acto de límites, ya que está constantemente testeándolos, reclamando atención frente a *ese otro generacional* (Lerner, p.86).

Por su parte, Trilnik de Marea (2006) plantea lo siguiente: si los padres se conducen como padres excesivamente *amigueros*, la situación en la que todo es aceptado, estimulado y compartido, impiden la lucha necesaria de la que dependerá el desprenderse y consolidar su propio estilo y manera de ser, que implica esta nueva identidad que se forjará.

13

Aberastury (1995), al respecto, plantea que la falta de límites es vivida por el adolescente como un abandono, ya que en ese juego de dependencia-independencia el joven aún necesita de ellos. En estos casos sería de vital importancia tratar de “identificar la necesidad adolescente para no confundir libertad con abandono” (Araujo et. al, 2012). El adolescente busca los límites, los pone a prueba, los estira, intenta modificarlos, pero al igual que el niño, los necesita para sentirse seguro y contenido.

Puede suceder que no sea el exceso de libertad el que se hace presente sino la magnitud de prohibiciones que llevan a querer mantener a un hijo exento del apremiante crecimiento y la transformación hacia el mundo exterior. Lo perciben como una amenaza y como quien rompe con los modelos familiares y sociales establecidos. Los adultos tienden a tomar una postura defensiva y de rechazo, en pos de reafirmar la autoridad. Insisten en probar una omnipotencia ilusoria que no hace más que desacreditarlos ante la mirada de los jóvenes. En estos casos los adultos no se ubican como autoridad adulta considerando la crisis como algo positivo que renueva y alienta el cambio, sino directamente expresan la oposición a la exploración del mundo y transformación interna que implica la adolescencia y

sus movimientos (Trilnik de Marea, 2006).

Resulta imperante establecer que la confrontación generacional es estructurante. Además de aportar un sentido organizador del psiquismo, separa y a la vez conserva la articulación de espacios. El adolescente que se diferencia no pierde el sentido de pertenencia ni el reconocimiento de los demás, de modo que su tránsito no sólo promueve alteridad, sino que también abona el terreno para la remodelación identificatoria (Palazzini, 2006). Pero ¿qué sucede cuando esa confrontación se ve obstaculizada o impedida ¿Cómo incide en las figuras parentales, en el adolescente, en los vínculos entre ellos?

Si los padres no confrontan a sus hijos, ya sea por temor a perder la juventud o el amor infantil de sus hijos, o no se animan a poner límites, actúan, en ambos casos, como cómplices idealizando así la fuerza de los adolescentes e impidiendo la natural necesidad de ser desidealizados por ellos. De esa forma, buscarán poner los límites ellos mismos, *sea como sea*, porque necesitan hacerlo para poder crecer.

Respecto a dicha confrontación, resulta necesario aclarar que la misma no representa una batalla, aunque el odio esté en juego -producto de la desidealización-, ni una guerra -por los desacuerdos en los modos de búsqueda de autonomía-, sino que la misma alude a una operación que resulta de un tipo de vínculo entre padres e hijos basado en el reconocimiento mutuo de lugares respecto de la autoridad adulta. Lo paradójico se observa en que si se establece dicha confrontación se instala un campo de malestar y los efectos benéficos de la misma no se verán de manera directa e inmediata, sino con el paso del tiempo y una vez atravesados los torbellinos de la adolescencia (Palazzini, 2006).

Por otro lado, para Rother Hornstein (2015) hay casos en los que los padres no son más que protagonistas de una trama familiar en la que no habrá lugar para alojar el desenvolvimiento de los cambios que experimenta el adolescente, ni para la confrontación ni puesta de límites. El joven en este caso sólo queda pasivamente sometido a una novela de quienes debieran ser quienes alojen, acompañen o empaticen con el hijo adolescente. En concordancia con lo que postula Aberastury (1995), el joven siente una inminente amenaza de perder precozmente la dependencia infantil en momentos en que dicha dependencia es aún necesaria. En tal sentido, puede pensarse que los roles se invierten y los hijos se convierten en los adultos en muchas ocasiones, envueltos en un desamparo emocional que los lleva a ocupar dicho lugar en el vínculo. Abandonan así de manera brusca el tránsito adolescente y el proceso que necesariamente deben hacer en el paso de la infancia a la adultez. Winnicott (2009) plantea que la inmadurez es propia de la esencia del adolescente, considerándola como un elemento esencial en la salud de dicha etapa, que sólo se cura con el paso del tiempo. El autor considera que en casos en los que los adultos abdican a sus funciones y obligaciones, el adolescente se convierte en adulto prematuramente. Esta falsa madurez no es sin consecuencias.

Se trata de adolescentes que no pudieron identificarse con otros que los entiendan, que los acompañen, porque estos otros estuvieron tan metidos en *su mundo* que no pudieron estar disponibles para registrar los vaivenes afectivos, las demandas de amor, los pedidos

14

indirectos de ayuda o sostén de su/s hijo/s (Janin, 2008) así como tampoco las solicitudes explícitas o implícitas de la puesta de límites. Pero se vuelve necesario interrogar qué es lo que se requiere para que los adultos puedan desempeñarse de acuerdo a las demandas de los hijos, así como también considerar las circunstancias contextuales para dicho desempeño.

Por su lado, Le Breton (2014) establece que los jóvenes se construyen apoyándose en sus mayores, así sea para superarlos u oponerse a ellos, y si estos últimos se sustraen a su tarea, la apertura a la alteridad carece de consistencia. Se puede observar que masas de adolescentes son librados a su propia suerte, a ellos mismos, por falta de intervención o consistencia de la autoridad parental, figuras que abdican de su función como educadores y

a determinadas responsabilidades dentro de tal relación asimétrica. Siguiendo el postulado del autor, la ausencia de límites dinámicos y bien elaborados entre uno y el otro, entre uno y el mundo, conduce a una confusión entre el adentro y el afuera. Indiferenciados sufren, buscan límites, y esto consecuentemente afecta a la búsqueda de quienes son, que surge como interrogante en la etapa adolescente. La aprobación a toda demanda, ningún *alto* a sus deseos y la manipulación interminable de su entorno, lleva a que la confrontación con el afuera, con los otros extrafamiliares, sea un escollo.

Al respecto, el autor plantea lo siguiente:

Para que el niño o el adolescente se afirme debe confrontarse, en el reconocimiento de su persona, con una ley, con prohibiciones, con una oposición; en suma, con lo acostumbrado de una transmisión encarnada por la presencia sólida de padres o de mayores que le indican el camino, explicando los usos y dejando que se ubique como uno entre los otros. (Le Breton, 2014, p.76)

¿Pero la puesta de límites claros y flexibles resultan ser la garantía de un crecimiento menos turbulento o menos dificultoso ante la salida exogámica?

Para Rother Hornstein (2015) a veces el joven se encuentra desamparado, buscando adultos con una autoridad no autoritaria. Adultos que lo ayuden a volar pero que no los manden al frente sin cobijo y sin amparo. Adultos que teman perder su amor y no se animen a colocar límites, optando por no enfrentarlos, pueden dejarlos librados a sentirse autosuficientes, hasta que se topan con las exigencias de un mundo exterior para el que no cuentan con herramientas necesarias para enfrentarlo.

Esta autora hace una analogía entre la función de la membrana celular y la de las figuras parentales, en cuanto a su funcionamiento como límite, filtro y lugar de intercambio, siendo testimonio y garante de la individualidad y de la vida de la célula: “demasiado cerrada se ahoga, demasiado porosa deja pasar los elementos tóxicos produciendo una alteración de su núcleo” (Rother Hornstein, 2015, p.2). Plantea que los límites estructuran el psiquismo, posibilitan el reconocimiento del sí y el no, el afuera y el adentro, lo posible-imposible, lo permitido y lo prohibido. La presencia de los mismos es fundamental, si faltan o son débiles, tal subjetividad correrá riesgos.

Para Aberastury (1995) es necesario que los padres sepan que durante la adolescencia los jóvenes pasan por un período de profunda dependencia donde necesitan de ellos tanto o más que cuando eran bebés, que esa necesidad de dependencia puede ser seguida de manera inmediata, de una necesidad de independencia. Una posición útil en los padres es la de espectadores de los cambios en su hijo según sus necesidades de dependencia e independencia para poner límites sin basarse sólo en los propios estados de ánimo. La autora continúa su desarrollo exponiendo que para esto será necesario que ellos mismos vayan viviendo el desprendimiento del hijo otorgándole la libertad y el mantenimiento de la dependencia madura:

Para hacer estos tanteos es necesario dar libertad, y para ello hay dos caminos: dar una libertad sin límites, que es lo mismo que abandonar a un hijo; o dar una libertad con límites, que impone cuidados, cautela, observación, contacto afectivo permanente, diálogo, para ir siguiendo paso a paso la evolución de las necesidades y de los cambios en el hijo. (Aberastury, 1995, p.32)

Resulta interesante pensar en lo abordado para no caer en la idea de la posible existencia de un *saber parental*, puesto que así planteado, lleva a pensarlo como un modo de adquisición de un saber específico que puede ser enseñado y aprendido. Asimismo, es de destacar la consideración de casos en los que se trata de padres que no contaron con figuras parentales presentes, empáticas, habilitadoras del desarrollo o crecimiento y con la

capacidad para poner límites de manera adecuada. La capacidad parental se nutre no sólo de cómo fueron los vínculos con las propias figuras parentales en su infancia y adolescencia, sino también del trabajo de elaboración y significación de ese pasado, del trabajo de historización. No debe ser olvidada la historia individual con la que un sujeto cuenta, que marcará de alguna manera el modo de ser, estar y confrontar como figura parental. Así como tampoco pueden olvidarse los modelos que ofrece hoy la sociedad y las circunstancias en las que se encuentran los adultos como padres y los adolescentes como hijos y sujetos en el mundo. ¿Acaso las circunstancias sociales, económicas, familiares no son factores que condicionan la modalidad del ejercicio parental?

Familias, vínculos y actualidad

Para el ejercicio de las funciones parentales a lo largo de la vida del sujeto, ¿es relevante o influye la configuración familiar? Se torna evidente la transformación que se dio en el modelo familiar a través del tiempo, y esto lleva a preguntarse de qué trata la misma y si puede afectar o potenciar/impulsar el ejercicio de las funciones de las figuras parentales.

¿Cómo se configuran las familias hoy? Los cambios culturales y sociales llevaron a una transformación del modelo de familia tradicional burguesa, característico de la modernidad, en la cual sus integrantes adultos contaban con determinadas funciones o roles dentro de la misma. El hombre representaba la autoridad y el pilar económico, así como también el padre proveedor y jefe de familia. La mujer se dedicaba completamente a la crianza de sus hijos y a cuidar la economía del hogar, de instinto maternal, ama de casa, conservada en el ámbito privado exenta de su figura como ciudadana y sujeto de derechos en la sociedad y dentro de la cultura.

Tras las transformaciones de la posmodernidad, se observa una mujer con la posibilidad de desarrollar proyectos extrafamiliares y se inserta en el mundo laboral. Este gran movimiento trae aparejado modificaciones en la distribución de las funciones y la participación del hombre en el ámbito intrafamiliar (Rojas y Sternbach, 1997). Insertarse en la esfera laboral y los proyectos independientes habilitaron en la mujer la libertad para no permanecer en un matrimonio debido a la dependencia económica, así como también dieron lugar a la monoparentalidad.

Pero estos no fueron los únicos cambios. En esos tiempos, el lazo consanguíneo poseía toda la relevancia, como sede excluyente del amor, los cuidados e interdicciones requeridos por el psiquismo para su constitución y devenir (Rojas, 2007). Con el tiempo, declina dicha certeza moderna y los cambios socioculturales y epocales progresivamente fueron propiciando la conformación de nuevas configuraciones familiares que, aun así fueron aptas para sustentar funciones indispensables para el psiquismo humano -monoparentales, homoparentales, heteroparentales, ensambladas, casados o no, con hijos concebidos de manera *natural*, a través de inseminación o adopción-.

Rojas (2007) plantea que cada familia va creando sus modalidades relacionales en base a su conformación. Los nuevos matrimonios dan lugar a redes de parentesco. La pertenencia a grupos familiares abiertos y entramados constituye una ampliación de las fronteras de familia, de las propuestas identificatorias, así como también una historia familiar nueva que no cancela la previa, pero ofrece raíces a una nueva identidad familiar. En estas redes, aparecen nuevas formas de parentalidad debido a la diversificación de los sujetos que ejercitan las funciones de constitución subjetiva y de apuntalamiento.

divorcios, nuevas parejas de padres, nuevas familias, nacimiento de hijos del ensamble, pueden generar momentos críticos fuertemente teñidos de vivencias de desamparo y falta de contención (Rojas, 2001).

A partir de la diversidad en la configuración familiar y los cambios que se han ido produciendo con el paso del tiempo cabe preguntarse por efectos producidos en el ejercicio de las funciones parentales. Puede considerarse que estas últimas permanecen inalteradas, en cuanto al sostén y amparo, educación, estructuración psíquica, aprendizaje de roles a través de la identificación y la transmisión de valores. No obstante, se considera la importancia del contexto que acompaña al ejercicio de tales funciones. ¿Quién las cumple cuando los sujetos se encuentran la mayoría del tiempo fuera de su hogar por motivos laborales? ¿Cómo inciden las circunstancias socioeconómicas en la forma de ser, estar y de acompañar a sus hijos adolescentes? Se interroga cómo las funciones se ven transformadas por las propuestas culturales de la actualidad respecto a la confrontación generacional, por ejemplo, relevante para la reconfiguración identificatoria y reconstrucción identitaria.

La familia junto a otras instituciones que forman parte de la sociedad y la cultura - grupos de pares, instancias educativas- actuaron y actúan como fuerzas externas normalizadoras del sujeto y moldeadoras de identidad, ayudando a reglamentar el pasaje de la niñez a la adultez (Sternbach, 2006). Sin embargo, como se destacó, tales instituciones, se ven transformadas; la familia burguesa tradicional se convirtió en una estructuración casi anacrónica, ésta, más allá de la configuración que posea, ya no constituye el principal ni mucho menos, el único agente de socialización y transmisión (Sternbach, 2006). Se evidencia una dificultad en la transmisión intergeneracional de significaciones que coadyuvan a la constitución subjetiva al verse afectada por la transformación acelerada y por la mentalidad posmoderna.

Las grandes transformaciones socioculturales, provocan fuertes mutaciones en la producción de subjetividad y la estructuración de los vínculos familiares, de modo que, en ciertos aspectos, las distancias generacionales suelen desdibujarse y originan el conflicto mismo en el intento de transmisión, intercambio, comunicación y consenso entre padres e hijos.

En la modernidad existía un modelo de adulto que brindaba una imagen externa clara y un ideal bien establecidos, implicaba tener un proyecto cerrado y acabado: estudiar o tener objetivos laborales, casarse y formar una familia. Se trataba de un proyecto que exigía contar con un mundo dado de antemano que era la meta, el paraíso que se deseaba alcanzar (Lerner, 2006) y la adolescencia se presentaba como una etapa transicional hacia dicha adultez, culminando en esta. Pero hoy en día esta imagen del adulto parece encontrarse desdibujada.

La sociedad de hoy, presenta diversas exigencias y propuestas que llevan a considerar un estereotipo de sujetos con valores estéticos, materiales y hasta incluso psicológicos en términos de felicidad, muy difíciles de alcanzar. Cada vez más excluyente y compleja, la misma promueve la eliminación de la colectividad, se da un debilitamiento de los vínculos y la incertidumbre por el progreso se vuelve avasallante. Se trata de un futuro que se vuelve muy arriesgado o amenazante. Los valores pasaron a ser triviales, el éxito fácil, la apariencia, el consumo, el aquí y ahora de la inmediatez se apoderan de los deseos y requerimientos, la frustración y angustia entre otros afectos, se muestra casi como una constante.

En el siglo XXI, las generaciones adultas se ven sacudidas en su identidad, porque de alguna manera los ideales que sostenían a la misma, cayeron y emergen nuevas formas de discurso social. Los vínculos adoptan nuevas modalidades predominantes, se hallan atravesados por los avances tecnológicos, las diversas modas que cambian año tras año siguiendo estereotipos determinados, nuevos canales de comunicación, entre otros.

En relación al vínculo figuras parentales-hijos adolescentes surgen interrogantes relacionados al contexto actual. ¿Cómo se plasma hoy la brecha generacional en la

sociedad actual? ¿Qué transformaciones sociales y subjetivas no pueden soslayarse?

17

Se habla de tiempos donde se halla cierta dificultad por parte de los padres para orientar a los hijos, cuando sus propias creencias entraron en crisis, como así también los modelos y los valores (Rojas y Sternbach 1997). La problemática parece girar en torno a qué modelo ofrecer a los hijos cuando las herramientas, los recursos y los ideales que siguieron estos padres al crecer, hoy parecen estar caducos. Se considera que el factor contextual sobre el que se producen y reproducen las subjetividades dentro de una sociedad determinada, tiene un rol muy relevante para el establecimiento de las formas de ser y estar para un hijo, así como también las formas de atravesar la etapa adolescente.

Hoy, es la juventud y más aún la adolescencia, aquello a alcanzar. El estereotipo adolescente se impone y convoca al mundo adulto a intentar permanecer lo más cerca posible -en la estética, lo físico y los modos de vincularse- de esta etapa actualmente erigida en ideal colectivo (Sternbach, 2006).

En la sociedad actual, producto de la cultura postmoderna, se presencia un afán de juventud en los padres/adultos. La adultez pierde peso como modelo y se promueve una adolescentización (Palazzini, 2006). Esto lleva a un desdibujamiento de las fronteras entre los distintos grupos etarios y generacionales. La velocidad de los tiempos y de las transformaciones socioculturales produce cambios vertiginosos en la producción de subjetividad, al punto tal que incluso las distancias generacionales se agudizan a veces dentro de la misma franja etaria que hasta hace poco quedaba unificada bajo la noción de adolescencia (Sternbach, 2006). En otras palabras, cohabitan modalidades subjetivas que sólo en algunos aspectos se parecen entre sí.

Para Le Breton (2014) el paso de los años se volvió intolerable y la adolescencia es ostentada por los mayores, obsesionados por la voluntad de *permanecer jóvenes*, se hallan poco interesados en asumir una postura generacional que los envejece. Cabe preguntarse, en tal situación, qué es lo que sucede con los adolescentes cuando sus figuras de referencia se encuentran anhelando su edad, abdicando en sus tareas. Al no marcar las diferencias de edad y al no asumir su responsabilidad privan al adolescente de los puntos de referencia necesarios para crecer y adquirir su autonomía. En base a lo planteado anteriormente, se ven comprometidas así la confrontación generacional y la puesta de límites relevantes para los hijos adolescentes.

Pero este modelo de adulto adolescentizado, ¿puede ser el único factor que complejiza el ejercicio de las funciones parentales en dicho momento? Sternbach (2006) plantea que cuando el mundo adulto no aparece mimetizado con el del joven mismo, lo que oferta como modelo tampoco constituye un polo atractor. Esto puede ser pensado como oportunidades en las que los adultos no están intentando acercarse a la juventud, adoptando jergas adolescentes para fraternizar con sus hijos; pero los modelos, ideales, proyectos que ofrecen, pertenecen a décadas anteriores que no coinciden con el mundo en que se vive. Se trata así de padres e hijos que habitan mundos disímiles entre los que el intercambio tiende a diluirse.

La pregunta es hacia qué modelo de adultez se encamina el joven, puesto que en ambos casos -adultos *adolescentizados* y adultos de *antaño*- el modelo no parece constituir un punto de arribo convocante. "No se trata tanto de adultos con quienes confrontar sino muchas veces de adultos que no alcanzan a constituirse en estímulo hacia un futuro que invite a ser alcanzado" (Sternbach, 2006, p.59).

Se suman a la complejización del tema, factores socioeconómicos producto del capitalismo, ya que también inciden en las modalidades de estar con y para los jóvenes y para los hijos a cualquier edad. Adultos desorientados, ellos mismos en crisis, que pueden encontrarse con dificultades económicas y laborales, habitualmente con poca disponibilidad para el diálogo y el sostén del hijo adolescente (Sternbach, 2006). Cuando el adulto no

puede con él mismo se torna difícil poder estar para otros, sus hijos.

El adolescente necesita del sostén y límites en esta etapa tan dolorosa y confusa. Si no cuenta con dichas características de sus otros significativos, buscará salidas alternativas, como ahogar ese dolor con algunas sustancias, evitar responsabilidades o vivir sin preocupaciones (Muñoz Chaves, 2023).

18

Las características de la sociedad y el adolescente hoy son distintas. La posmodernidad ofrece una vida soft, donde todo debe desplazarse suavemente, sin dolor, sin drama, sobrevolando la realidad. Dentro de este marco, se recupera lo abordado en cuanto a la elaboración de las pérdidas en esta etapa adolescente, los duelos inherentes al pasaje por la adolescencia, planteados por Aberastury en el año 1971. ¿Hay lugar para los dolorosos duelos que implican tristeza, crisis y esfuerzo psíquico para superarlos?

¿Cómo se duela un cuerpo infantil cuando se aspira a otro idealizado, también deseado por los padres? ¿Cómo es el duelo por la relación con los padres de la infancia, aquellos idealizados, cuando existe la tendencia de eliminar la brecha generacional, sin poder incorporar una imagen bien diferenciada de los adultos, y la dificultad para mostrar un modelo a seguir, ya que son los padres quienes se esfuerzan por parecerse a los jóvenes? Para Muñoz Chaves (2023) hoy muchos hijos adolescentes deben ser padres de sí mismos, lo cual les da mayor libertad, pero no cuentan con los recursos suficientes para poder hacerlo sanamente.

Según Obiols y Di Segni de Obiols (1993), el rol y la identidad infantil no se duelen, sino que se mantienen en una especie de enquistamiento en el cual el adolescente quiere permanecer eternamente. No se busca abandonar los valores y deseos individuales y se promueve social y materialmente, la satisfacción inmediata.

Se destaca que, si bien el adolescente actual tiene abiertas posibilidades que a sus antecesores generacionales les estaban vedadas como, por ejemplo, una menor cerrazón endogámica, menos autoritarismo, mayor cuestionamiento de modelos anteriores, mayor libertad en múltiples aspectos, a la vez las propuestas culturales contemporáneas generan formas de malestar novedosas y problemáticas inéditas (Sternbach, 2006).

Por otro lado, según Muñoz Chaves (2023), los duelos se pueden ver complejizados u obstaculizados, pero, aun así, pese a los cambios culturales y sociales, estos se siguen dando. El joven sigue debiendo sustituir aquello que perdió y reubicarse en el mundo mediante el trabajo de duelo.

El trabajo psíquico del adolescente se realiza hoy también en el espacio virtual, *online*, y su entramado -avances tecnológicos y redes sociales-, que funciona para ellos como un ambiente facilitador que los acompaña. Cuando el adolescente logra un espacio subjetivo propio, la web funciona como un lugar en que estos alojan el jugar en todas sus dimensiones, y es un indicador de salud, ya que el jugar se comparte y se extiende a lo cultural. El tránsito adolescente no se puede pensar sin el tránsito por las nuevas tecnologías: aquí ellos expresan satisfacciones y frustraciones, toman del mundo virtual palabras o imágenes que inciden en su modo singular de construcción, y para salir al mundo necesitan destituir la omnipotencia que ocuparon sus padres en la infancia (Muñoz Chaves, 2023).

El compartir sus vidas en las redes, imágenes del pasado o actuales, de sus pares, de sus familiares, puede ser pensado como un formato de novela clásica o película que opera como puente entre los adolescentes y las generaciones de sus padres, a través del despliegue narrativo, individual y compartido, necesario para construir la novela familiar. También posibilita la tramitación de los duelos.

Es posible hablar de “adolescentes cuyos psiquismos están constituidos a otra velocidad, pero con la misma direccionalidad, la exogamia” (Muñoz Chaves, 2023, p.621). La internet funciona para las nuevas generaciones como un espacio privilegiado para el

intercambio y el encuentro social.

Reflexiones finales

Indagar en las transformaciones de la adolescencia permite pensar a la misma como un periodo crucial donde se llevan a cabo cambios subjetivos significativos. El mundo tanto interno como externo se ven transformados con el desprendimiento endogámico que habilita la dirección al entorno extrafamiliar. Se reestructuran las redes identificatorias infantiles y el ser del sujeto es puesto en jaque, entonces busca reorganizar así una nueva identidad. Entre los trabajos psíquicos que se llevan a cabo en esta etapa, se halla el duelo por la relación con los padres de la infancia que implica una desidealización, confrontación y transformación del vínculo.

Resulta imperante reflexionar acerca de la relevancia de esta relación, no solo en la adolescencia, sino a lo largo de la vida. Al interrogar a través del presente ensayo si la misma condiciona las formas en las que el sujeto hace lazos con su entorno, se concluye que, ante el desvalimiento tanto psíquico como biológico del ser humano al nacer, los adultos como otros significativos son esenciales. Conforman el sostén, libidinizan y brindan los modelos identificatorios para la constitución de una determinada subjetividad. Y la manera en cómo se van desarrollando estas primeras experiencias con los padres como entorno del niño, dejará huellas que marcarán su existencia en el mundo y brindará un modelo para relacionarse.

Pero lo interesante es destacar que los lazos primitivos no marcan de una vez y para siempre el desarrollo del sujeto, ya que la adolescencia misma lo llevará a reformular el concepto que tiene de sí mismo, a abandonar la autoimagen infantil y dirigirse hacia la constitución de una nueva identidad y un proyecto adulto. Se trata de un tiempo donde las identificaciones infantiles comienzan a cancelarse y a medida que se va desidentificando de las figuras parentales, se habilitan nuevas identificaciones a otros, a los pares, por ejemplo; *personas secundarias*, otros con igual grado de importancia que los padres, que aparecen en un segundo momento de la vida del sujeto, promoviendo contención, autonomía y búsqueda de independencia e identidad.

En la etapa adolescente, se da lugar a una reestructuración de las formas de relación, a una deconstrucción de significaciones y una restauración de valores alternativos. Son las nuevas identificaciones las que van poniendo en cuestión las de la infancia en los procesos de intercambio y relación con los demás. En este momento, se toma el mazo de cartas para barajar y dar de nuevo.

Aun así, a partir del análisis del vínculo parentofilial, se afirma y sostiene la importancia de las funciones parentales a lo largo de la vida y fundamentalmente en la adolescencia, la cual se ve convulsionada por los diversos cambios que experimenta el sujeto. La relación se transforma, y aunque los padres pasen a ocupar un lugar secundario en la vida del adolescente -por el relevo identificatorio, la salida exogámica y la desidealización-, se torna fundamental que no abduquen en sus tareas como sujetos adultos responsables y como figuras de cuidado y autoridad tanto para la puesta de límites como

para el acompañamiento y sostén. Ellos no dejan de ser suministros narcisistas, proveedores de afectos y sujetos de confrontación que promueven la autonomía paulatina.

La excesiva libertad es percibida por el hijo como abandono y la excesiva prohibición no hace más que desacreditarlos y alejarlos de cubrir las necesidades de contención y del camino hacia una progresiva autonomía. Confrontar y poner límites es estructurante, puesto que permite la diferenciación y el crecimiento, aunque traiga consigo cierto malestar en el vínculo. La ausencia de límites claros y flexibles puede afectar la búsqueda de quienes son, corriendo riesgos su subjetividad.

Es de destacar que las capacidades de transformación de los padres también se ponen en juego en este momento. Ellos experimentan diversos sentimientos, como el rechazo, la incompreensión, el miedo e incluso algunos conflictos inconscientes pueden entorpecer las formas de ser y estar para sus hijos, así como también en los trabajos psíquicos que tiene el joven por delante.

A lo largo del ensayo se plasmaron diversos factores que pueden incidir en el ejercicio de las funciones parentales y en las formas de vínculo. La historia de vida individual y familiar

20

de los sujetos adultos, el entorno en que se constituyeron y el tipo de relación que tuvieron con sus propios cuidadores, moldearán la forma de ser y hacer lazos con un otro. Las variables culturales y socioeconómicas de un momento determinado, tienen gran participación en las instituciones de la que forman parte los sujetos y en la consolidación de formas de ejercer las funciones parentales, de ser padres, de ser adolescentes y de vincularse con uno mismo y con el mundo.

Pensar en las características de la sociedad en la que se vive, se vuelve fundamental para entender la modalidad de vincularse hoy en día, donde se tiende al debilitamiento de los vínculos y desdibujamiento de las distancias generacionales. También para reflexionar en los desafíos que implican la globalización y las redes como nuevos canales de comunicación.

El estudio de la problemática y posterior producción de este ensayo, generó la transformación de una idea sesgada desde el inicio, que atribuía la responsabilidad a las figuras parentales respecto de las formas de relacionarse de hijo y de atravesar este momento subjetivo; dejando por fuera la complejidad y particularidad de la adolescencia como así también, factores externos intervinientes. Así es como se concluye en la importancia de considerar todos estos factores que inciden en la forma de hacer lazos, ya que este momento, se caracteriza por una gran fragilidad debido a sus avatares; no necesariamente un atravesamiento difícil, es atribuible a un *deficiente* ejercicio de las funciones parentales. En ocasiones los padres constituyen una autoridad no autoritaria, brindan amor, sostén, comprensión y acompañamiento, y las dificultades en el desarrollo subjetivo y los lazos con el mundo, igual se presentan.

El análisis llevado a cabo corresponde a una lectura posible que no agota el gran y complejo estudio de este vínculo significativo entre figuras parentales e hijos adolescentes. Las transformaciones en sus diversas dimensiones implicadas, como la cultural, la institucional, y la socioeconómica, siguen aconteciendo y las propuestas culturales contemporáneas generan formas de malestar novedosas y problemáticas inéditas.

Referencias bibliográficas

- Aberastury, A., Knobel. M. (1995). El adolescente y la libertad. *En la adolescencia normal*. Paidós Educador.
- Araujo Monteiro, M., Gomes Goncalves, T., Da Luz Refosco, L., Medeiros Kother Macedo, M. (2012). Reflexiones sobre la adolescencia y las funciones parentales en la realidad contemporánea. *Revista internacional de psicoanálisis*. N° 041. <https://www.aperturas.org/articulo.php?articulo=0000749>
- Baños, J. M. (2017). Trabajo del pensamiento en la adolescencia. Desarrollo cognitivo y subjetividad adolescente. Homo sapiens
- Bleichmar, S. (2010). La subjetividad en riesgo. Editorial Topía. Buenos Aires. Doltó, F. (1990). La causa de los adolescentes. Editorial Paidós. Buenos Aires. Doltó, F. (1995). Palabras para adolescentes o el complejo de la langosta. Editorial Atlántida. Buenos Aires.
- Firpo, S. M. (2021). Adolescencia/s. Aportes fundamentales. Letra Viva Editorial. Buenos Aires.
- Firpo, S. M. (2015). La construcción subjetiva y social de los adolescentes. Letra Viva Editorial. Buenos Aires.
- Freud, S. (1979). El yo y el ello y otras obras. Amorrortu. Buenos Aires. 1ra edición
- Freud, S. (1979). La identificación en Psicología de las masas y análisis del yo. Amorrortu . Buenos Aires. 1ra edición
- Freud, S. (1985) Metamorfosis de la pubertad. En *Tres Ensayos de la Teoría Sexual*. Amorrortu (Ed.)(VII). Buenos Aires.

Hernández Moreno, L. (2011). *Adolescencia: ¿Adolecer es padecer?*. Salus vol.15. Valencia.

Hornstein, L. (20 de septiembre, 2016). *Adolescencia: entre el desvalimiento y la omnipotencia. La clínica del adolescente ha oscilado entre dos maniqueísmos. O toma al adolescente como un colmo de angustias y de...* Facebook
<https://www.facebook.com/photo/?fbid=10211211555828081&set=a.10201157933813814>

Hornstein, L. (1994). Determinismo, temporalidad y devenir. En *Temporalidad, determinación, azar. Lo reversible e irreversible*. Paidós. Buenos Aires.

Janin, B. (2008). Encrucijadas de los adolescentes de hoy. *Cuestiones de la infancia*. UCES

Janin, B. (2012). Inscripciones psíquicas primordiales. *Escrituras y reescrituras. Cuestiones de infancia*, 15, 16-26.

Le Breton, D. (2014). *Una breve historia de la adolescencia*. Nueva Visión Argentina. Buenos Aires.

Lerner, H. (2018). *Adolescencias: identidades agitadas. El tránsito adolescente y las conmociones subjetivas. Controversias en Psicoanálisis de Niños y Adolescentes. N°22*

Levin, E. (2010). Plasticidad simbólica. En *La experiencia de ser niño. Plasticidad simbólica*. Editorial Nueva Visión. España

Muñoz Chaves, M. L. (2023). *La adolescencia en la actualidad*. En: VII Jornadas de Investigación en Humanidades : homenaje a Juan Carlos Garavaglia. Bahía Blanca, Argentina.

Obiols, G., Di Segni de Obiols, S. (1993). *Adolescencia, posmodernidad y escuela secundaria*. Kapelusz Editora S.A. Buenos Aires

Palazzini, L. (2006) (Ed). *Movilidad, encierros, errancias: avatares del devenir adolescente*. En *Adolescencias: trayectorias turbulentas. M.C. Rother Hornstein (comp.)* Editorial Paidós. Buenos Aires.

Paolicchi, G.; Bozzalla, L., Sorgen, E., Bosoer, E., Nuñez, A., Maffezzoli, M., Botana, H., Pereyra Bentivoglio, C., Metz, M. (2017). *Parentalidad y constitución subjetiva*. Investigaciones en psicología - Facultad de psicología, UBA. pp. 57-65 | ISSN 0329-5893
https://www.psi.uba.ar/investigaciones/revistas/investigaciones/indice/trabajos_completos/anio22_1/parentalidad_y_constitucion_subjetiva.pdf

22

Peirano, L., Baños, J.M. (2019). *Entrevista a un adolescente*. Universidad Nacional de Rosario, Facultad de Psicología.

Pelisch, A. (1992). *Un modelo psicoanalítico del aparato psíquico*. en *Horizontes psicoanalíticos en la práctica pediátrica*. Buenos Aires.

Piaget, J. (1991). *Seis estudios de Psicología*. Editorial Labor S.A. Barcelona.

Rojas, C. (2005). *Familia/s: Del modelo único a la diversidad*. *Revista Topía. un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura*. <https://www.topia.com.ar/articulos/familias-del-modelo-%C3%BAnico-la-diversidad>

Rojas, M.C. (2007). *Pensar la/s familia/s hoy: estar sólo, con otro*. *Psicoanálisis & Intersubjetividad*. N° ISSN: 1850-4116....
<https://www.intersubjetividad.com.ar/pensar-la-s-familia-s-hoy-estar-solo-con-otro/>

Rojas, M.C., Sternbach, S. (1997). *Entre dos siglos. Una lectura psicoanalítica de la posmodernidad*. Lugar Editorial. Buenos Aires.

Rodulfo, R. (1992). *El adolescente y sus trabajos*. En *Estudios clínicos: del significante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Editorial Paidós. Buenos Aires.

Rother Hornstein, M.C. (2006). *Prólogo*. En *Adolescencias: trayectorias turbulentas. M.C. Rother Hornstein (comp.)* Editorial Paidós. Buenos Aires

Rother Hornstein, M.C. (2015). *Adolescentes desamparados, adultos desesperados*. En *Adolescencias contemporáneas. Un desafío para el psicoanálisis*. Lerner H, et al. psicolibro. Buenos Aires.

Soto-Lafoy, S. (2018). *Crianza, historia y verdad*. *Revista Topía. Un sitio de psicoanálisis*,

sociedad y cultura.

https://www.topia.com.ar/articulos/crianza-historia-y-memoria#_ftn4

Sternbach, S. (2006). Adolescencias, tiempo y cuerpo en la cultura actual. En *Adolescencia: trayectorias turbulentas*. M.C. Rother Hornstein (comp.) Editorial Paidós. Buenos Aires.

Trilnik de Marea, A. (2006). La terminación de la adolescencia. en *Adolescencias: trayectorias turbulentas*. M.C. Rother Hornstein (comp.) Editorial Paidós. Buenos Aires.

Winnicott, D.W. (2009). Conceptos contemporáneos sobre el desarrollo adolescente, y las inferencias que de ellos se desprenden en lo que respecta a la educación superior. En *Realidad y juego*. Gedisa. Barcelona.